

AUTONOMÍA Y SUBJETIVIDAD.

Por una lectura crítica de algunos textos de A. Negri

por Montserrat Galcerán Huguet

Una de las críticas más repetidas al modo cómo Marx desarrolla su análisis del capitalismo en *El Capital*, es la de que descuida el lado subjetivo en beneficio de la dinámica objetiva de las relaciones capitalistas. Los trabajadores aparecen como capital variable y, en este sentido, inmersos en una dinámica, en la que constituyen una parte del capital –justamente el capital variable– y aparecen también, entre otros en el cap. 6º sobre la jornada de trabajo, como colectivos en lucha contra las condiciones de trabajo impuestas, en lucha por mejoras salariales, por reducciones horarias, por mejores condiciones de trabajo,...

Los trabajadores o la clase obrera, viven de modo interno a la propia relación-capital, que reproducen con su trabajo. Y aunque nunca se limiten a ser sólo “parte del capital”, la fuente de la resistencia está en cierto modo presupuesta. Los trabajadores nunca podrán reconciliarse totalmente con el capital dado que éste no es más que una dinámica que reproduce y amplía una explotación que absorbe gran parte de su tiempo de vida, a cambio de un salario que sólo permite comprar una pequeña parte de la riqueza producida. Nunca el trabajador puede reapropiarse del total de la riqueza producida por él mismo, ni tampoco la clase en su conjunto puede reapropiarse el volumen total de la riqueza producida colectivamente, ya que una parte nada despreciable circula como plusvalor, formando en tanto que tal, la base común de la ganancia o beneficio capitalista, de la renta de la tierra y de los intereses del capital financiero. Al trabajador sólo le revierte bajo la forma de salario una pequeña parte de lo producido.

Es cierto que Marx en las *Glosas marginales al Programa de Gotha* y en las *Notas al “Manual de Economía Política” de Adolph Wagner*, problematiza la reivindicación, por aquella época muy popular, que clamaba por que el salario devolviera al trabajador el “producto íntegro” de su trabajo. Marx explica que esta reivindicación es absurda, pues prescinde del hecho de que en toda sociedad los trabajadores tienen que subvenir con su trabajo, a las necesidades de los que no trabajen o no puedan trabajar, o sea niños, enfermos, ancianos, dis-

capitados, etc. razón por la cual cualquier sociedad debería proceder a un cálculo de sus capacidades productivas y de sus necesidades, de forma que el reparto de la riqueza no estuviera predeterminado por el lugar que se ocupe en la producción sino que estuviera mediado políticamente. De este modo aquel reparto, que en el capitalismo se lleva a cabo por medios puramente económicos: - quien posee el medio de cambio por excelencia, o sea dinero, puede apropiarse de todo lo que pueda comprar, mientras para quien sólo dispone de un salario, éste marca su capacidad de compra – frente a este modelo, cabría un modelo de producción planificada y de apropiación políticamente mediada.



La pregunta subyacente, que se interroga por los deseos, aspiraciones, expectativas y capacidades de los seres humanos en una sociedad dada, parecería fuera de lugar en la descripción de Marx. Parecería que podríamos acordar mejor o peor la magnitud de la producción y de la satisfacción de las necesidades, pero que éstas serían más o menos constantes, sin que las diferencias entre los seres humanos pudieran poner en cuestión un reparto justo y equitativo. La poca atención a “lo que quieren los trabajadores” y a “aquello de lo que

son capaces”, a sus deseos y expectativas, habría coadyuvado a esa imagen, demasiado esquemática, de las realidades sociales.

Pues bien, diversos autores, ya en pleno siglo veinte, abordaron esta cuestión, poniendo en primer plano la autonomía y subjetividad obrera y sus exigencias sociales. Entre ellos uno de los más destacados es A. Negri con su propuesta de una nueva lectura de los textos de Marx.



La lectura de los *Grundrisse* por Negri

Aunque Negri conozca bien los textos de Althusser y haya sido leído por muchos en afinidad con él, realmente su lectura de Marx está a cien leguas de aquélla. Basta ver en qué texto se centra el interés: para Althusser la obra de Marx por antonomasia es *El Capital*, a partir del cual y por referencia al cual, periodiza toda su producción. Para Negri *El Capital* es solamente una parte de la obra, y los *Grundrisse* no representan sólo un material anterior sino que plantean con mucha mayor radicalidad el antagonismo central del sistema capitalista.

En su texto de finales de los 70, titulado *Marx oltre Marx*¹ Negri empieza diciendo que “la objetivación de las categorías de *El Capital* bloquea la acción de la subjetividad revolucionaria” (p. 21), pues en vez de mostrar abiertamente el antagonismo entre capital y trabajo, antagonismo que sólo se ve domeñado por la fuerza del dinero en su transformación en capital, resulta encubierto al ser subsumido en la reproducción cíclica am-

pliada del capital mismo. *El Capital* entonces, en vez de atizar la fuerza revolucionaria de la clase obrera ha servido para anularla, hasta el punto de que el marxismo que ha hecho de aquella obra su piedra de anclaje ha contribuido a esa sujeción.

El punto central de su análisis está en la reconsideración del *trabajo productivo*. Es cosa sabida que para Marx, *trabajo productivo* en una sociedad capitalista es sólo aquél que produce capital; cualquier otro trabajo, por interesante o “productivo” que pueda ser desde la consideración de los valores de uso que produce, si no está capitalizado y sin embargo el beneficiario debe pagarlo, será para él una merma de su renta y no un incremento. Y si no debe pagarlo supondrá un incremento gratuito de su renta o de su bienestar, que recibirá en función de consideraciones extra-económicas. En este sentido no cabría hablar de un trabajo productivo “en sí”, ya sea para el trabajador mismo, pues le ocasionaría un esfuerzo sin recibir nada a cambio, ni para el receptor del producto del trabajo que, si debiera comprarlo sin revenderlo, significaría un coste y si lo revendiera significaría entonces y sólo entonces, trabajo reproductor de capital y por tanto trabajo productivo. Si lo recibiera gratuitamente significaría a su vez una carga para quien lo regalara, a no ser que éste recibiera a su vez un pago a cargo de un tercero. Por consiguiente, desde la perspectiva de la sociedad en su conjunto, en la cual los trabajos o sus productos circulan satisfaciendo las diversas necesidades, los trabajos “improductivos” a cargo del Estado —que en este caso podemos considerar equiparable al “tercero” anteriormente mentado—, deben considerarse como “gastos sociales” que éste financia a través de impuestos, constituyendo una esfera paralela a la del mercado aunque interconectada con ésta. Sólo en la medida en que estos trabajos estén capitalizados —o sea entren en el circuito mercantil capitalista— serán productivos en el sentido que Marx da al término.

Negri rechaza la definición de trabajo productivo en Marx como “aquel que produce plusvalor” por considerar que es excesivamente reductiva; en ella estaría operando una reducción obrerista y objetivista de la ley del valor; por el contrario insiste en el valor-de-uso del trabajo para el trabajador, es decir en el hecho de que el trabajo, para el trabajador, significa la puesta en ejercicio de su fuerza laboral y por tanto implica el consumo “productivo” de la misma, aunque aquí productivo no signifique que produzca plusvalor sino que materializa la capacidad del obrero en tanto que productor. Dán-

1.- *Marx oltre Marx*, Milano, Feltrinelli, 1979, trad. cast. *Marx más allá de Marx*, Madrid, Akal, 2001.

dole la vuelta a los conceptos, mientras que Marx insiste en la unión de proceso de trabajo y proceso de valorización visto como incremento del capital inicial, Negri insiste en el proceso de valorización en tanto que ejercicio de la capacidad de trabajo que incrementa la producción de riqueza “material” (valores de uso) y que sólo la violencia que da la posesión de los medios de producción, permite al capitalista arrebatarlos.

En consecuencia más que insistir en el concepto de “trabajo abstracto”, o sea “gasto de fuerza de trabajo en el proceso laboral”, como Marx lo define en *El Capital*, insiste en el concepto de “trabajo vivo”, al que define como “valor-de-uso obrero” (p. 85): se trata del laborar del trabajador como puesta en ejercicio del valor de uso de la propia capacidad de trabajo obrero. Esa capacidad está presente en la corporalidad viva del trabajador, pues no es otra cosa que la subjetividad obrera, que en el sistema capitalista es puesta al servicio del capital y consumida por éste². Así, al remarcar el carácter del trabajo vivo como subjetividad, resalta su potencialidad, es decir pone de relieve que siempre está ligado a la existencia corpórea inmediata de los individuos cuya actividad es, justamente, el trabajo.

Dicho en otras palabras, el valor-de-uso que el trabajador tiene para el capitalista reside justamente en que él es la base creativa de toda la riqueza posible, no hay otra fuente creadora de la riqueza – excepto la tierra – ni de poder. El capital la absorbe íntegramente y devuelve a los trabajadores una parte, aquella que corresponde al



“trabajo necesario”. [“Trabajo necesario” está definido en Marx como aquella parte del producto del trabajo que es necesario para reproducir la fuerza de trabajo obrera]. En consecuencia la esfera de los bienes y placeres a disfrutar por los trabajadores está delimitada “cuantitativa” y “cualitativamente” por el monto del salario que es igual, *mutatis mutandis*, al “trabajo necesario”.

Pero de este modo, si bien el capitalista tenderá a tratar a la clase obrera sólo como capital variable, y por tanto la verá como receptora de una parte de capital que él tiene que desembolsar para llevar a cabo la producción, desde la perspectiva obrera, la clase obrera está constituida por sujetos individuales y colectivos cuyas capacidades les permiten actuar como creadores de la riqueza colectiva. Destruir la subordinación capitalista significa por tanto para Negri liberar la potencia constitutiva de esa capacidad de trabajo que alberga la corporalidad física de los trabajadores.

Es éste un problema que ya se había planteado en el marxismo italiano al principio de los años 60, en torno a la discusión entre R. Panzieri y M. Tronti, discusión que produjo la ruptura del equipo inicial de los *Quaderni Rossi*.

Como señalan claramente N. Ballestrini y P. Moroni, “los acontecimientos políticos de los años siguientes no permiten verificar la victoria de ninguna de las dos corrientes. De hecho en el plano organizativo las dos experiencias fracasan: los *Quaderni Rossi* no finalizarán la encuesta, que se había convertido en el eje cardinal de su intervención, mientras que “Clase obrera” [el nuevo grupo liderado por Tronti y Asor Rosa] verá derrotado su intento de dar una dirección revolucionaria a las luchas”³.

Las diferencias teóricas entre los tres pensadores son bastante complejas pero, en el caso que nos ocupa, podemos limitarnos al problema de la autonomía de clase y su independencia, relativa, frente al capital. Para Panzieri la clase obrera nunca se reduce a ser una parte del capital, de modo que sus luchas siempre expresan una subjetividad y una fuerza externas a la relación-capital, si bien esas luchas y resistencias sólo son eficaces si se sitúan al mismo nivel al que está operando el capital mismo; podríamos decir que a éste le compete una cierta iniciativa por lo que se refiere a la definición del espacio de confrontación. Por el contrario para Tron-

2.- El concepto de “trabajo vivo” que aparece frecuentemente en los *Grundrisse*, desaparece de hecho en *El Capital* y es sustituido, aunque sólo en parte, por el de “trabajo abstracto”.

3.- *L'horda d'oro 1968-1977*, Milan, Feltrinelli, 1988, p. 139 (hay trad. cast. en Madrid, Traficantes de sueños, 2007).

ti, y al menos en este aspecto para Negri, la creatividad obrera se adelanta al dominio capitalista y con sus luchas, antecede a la dinámica del sistema, que intenta siempre reducir todo lo nuevo que surge en la lucha de clases a los estrechos límites de la reproducción de la dominación burguesa. La centralidad la ocupa pues, para Tronti, el “trabajo vivo” y no el desarrollo del capital.

Por otra parte, la situación de explotación propia del sistema capitalista implica que los trabajadores, aún siendo los creadores de la riqueza colectiva, sólo pueden apropiarse de una parte de ella, -aquella que entra en la capacidad de compra del salario-, lo que no es óbice para que el desarrollo de las capacidades productivas amplíe sus necesidades y aumente sus deseos o incrementemente sus capacidades. La realidad antagonista de la sociedad de clases hace que esa ampliación choque directamente con la dinámica de extorsión del plusvalor pues un aumento de los salarios aumenta simultáneamente el trabajo necesario (tal como lo hemos definido anteriormente) y disminuye necesariamente el plusvalor, a no ser que esta tendencia se vea contrarrestada por un aumento de la productividad, lo que genera otros problemas relacionados con la extensión y la intensificación del mercado. A la inversa el aumento de las capacidades de los trabajadores impulsa sus luchas por aumentar su nivel de vida.

La producción de plusvalor implica pues, señala Negri, la subsunción del trabajo por el capital ya que se elimina cualquier existencia alternativa del trabajo y éste pasa a ser absorbido en la producción capitalista. Pero a la vez, esta producción se “socializa”, es decir no se trata de que cada capitalista arranque “su” cuota de plusvalor, sino que el conjunto de los capitalistas actúan como una fuerza social compuesta que absorbe en mayor o menor cantidad el plusvalor producido en conjunto por todos los trabajadores. La socialización del capital no es más que “la subsunción del conjunto de actividades productivas y reproductivas que, en cuanto asumidas por el capital, producen plusvalor” (132). A este proceso lo denomina “*subsunción real*”.

Ahora bien, si el capital socializado actúa como una fuerza social que compele a los trabajadores al trabajo, el “trabajo [social] necesario” definirá a su vez el tiempo de trabajo social necesario para la reproducción social en unos parámetros dados. Y si por una parte tendremos al “capital socializado”, por la otra encontraremos el “obrero social” o conjunto de capacidades productivas y reproductivas de la población, capaces de crear la riqueza social, el antagonismo entre el “capital colectivo” y el “obrero colectivo”.

El proceso de subsunción, por agudo que sea, no logra eliminar la subjetividad obrera, cuya actividad está dominada y solamente permitida en cuanto productora de capital/plusvalor y cuya lucha tiende a reapropiarse la mayor cantidad y cualidad posible de la riqueza producida y a ejercer su potencia creativa al margen o al lado de las coerciones que le impone el sistema⁴. La lucha obrera, inclusive la lucha sindical, es una lucha por “autovalorizarse”, es decir por extender el ámbito de las necesidades y deseos, y por ampliar los espacios de cooperación; en ella no existe ningún límite antropológico previo, sino sólo los límites de la propia estructura de dominación en cuyo marco las luchas obreras marcan el monto y la cualidad de la riqueza a reapropiar.



4.- Extrañamente la recepción en España del pensamiento de Negri ha sido objeto desde el inicio de una fuerte lectura nihilista, difícil de compaginar con su apelación a una nueva subjetividad comunista. Sirva de ejemplo *Fin de siglo*, un texto de Negri de 1989, que lleva en la edición castellana (Barcelona, Paidós, 1992) una introducción de G. Albiac, introductor de su pensamiento en este país. Si se compara el texto con la Introducción se observará que bajo la aparente utilización del mismo lenguaje, se presentan posiciones diametralmente opuestas. Mientras que Negri habla del surgimiento de un nuevo sujeto, entendiendo por tal “un proceso de composición y recomposición continua de deseos y actos cognoscitivos” (p. 36) que testimonia el lugar donde “el trabajo vivo, que ha construido todos los valores de cambio, define su valor de uso” (p. 37) y reafirma el horizonte de un nuevo comunismo que abre una “nueva posibilidad” (p. 41), Albiac sólo ve la manifestación de una derrota generacional que consolida la “producción material de las subjetividades como efecto de poder” (p. 15); para él “la derrota política está consumada” (lo estaba ya desde finales de los setenta), p. 17. Mientras que para Negri el siglo xxi “está ya habitado por nuevas realidades, sujetos o máquinas, proyectos o utopías concretas, una nueva raza que el saber y el mando capitalista ya no pueden someter” (p. 57), para su introductor, por el contrario, el 68 “abre paso al horizonte del sinsentido hiperdespótico en el cual respiramos” (p. 23) del que está excluida cualquier posibilidad, excepto la reproducción ampliada y sostenida del despotismo del capital. Mientras que Negri finaliza su libro

A su vez esta lucha no tiene por qué limitarse a las fronteras de la fábrica y/o del salario y las condiciones de trabajo, sino que tiende a extenderse y ampliarse al conjunto social, del mismo modo que la extracción de plusvalor social ha incorporado este territorio. Las luchas por cierta redistribución de rentas o por formas de salario diferido, como jubilaciones y otras prestaciones sociales, pueden concebirse como formas de recuperación de una riqueza producida socialmente y no limitada al trabajador particular y a su peculiar trabajo, por lo que el receptor no las recibe como una forma de salario, es decir ligado al trabajo efectivamente desempeñado, sino en función de su participación en la creación conjunta de riqueza social.

La introducción de la subjetividad no muestra sin embargo ninguna complacencia con el viejo humanismo, tan justamente rechazado por Althusser. Así dice Negri: “Descartando el humanismo se ha querido descartar también la subjetividad del terreno de la teoría. Es un error. El camino del materialismo es el de la subjetividad. El camino de la subjetividad es el constituirse material del comunismo. Subjetividad es la clase obrera separada, motor del desarrollo, de la crisis, de la transición, del comunismo” (p. 175).

Como conclusión, sin duda polémica, el autor plantea la extinción de la ley del valor. En su obra Marx formula esta ley como ley del intercambio de equivalentes, incluida la fuerza de trabajo, pues en la medida en que el trabajo es la única fuente de creación de valor, permite pensar el plusvalor como “valor de más” que los trabajadores incorporan con su trabajo a las materias primas. Decir que la ley del valor se extingue, significa que para Negri, el mercado actúa básicamente en nuestras sociedades como un distribuidor de plusvalor social acumulado; pero que ha desaparecido cualquier intercambio de equivalentes y que por tanto el mercado – o mejor dicho el dinero – actúa básicamente como fuerza de dominación y control sobre una producción enormemente socializada y expandida, que deja de tener una medida fija marcada por el salario, ligado a su vez al tiempo de trabajo.

Valor como tiempo

La presentación de la ley del valor, que Marx liga al intercambio de equivalentes en el mercado, ha dado

lugar a una amplísima polémica sobre *qué sea eso del valor*, que abarca desde los que consideran que se trata de una sustancia metafísica a quienes lo interpretan, tal como Marx indica, como “trabajo acumulado”.



Ciertamente valor viene definido en Marx como “trabajo acumulado” pero tal vez no insista suficientemente en que el trabajo es una actividad que se desarrolla en el tiempo. Marx habla siempre de “proceso de trabajo” y señala que ese proceso se mide en tiempo. Por consiguiente si el valor es algo, es justamente “tiempo de trabajo acumulado”, tiempo de trabajo que las mercancías contienen y cuyo intercambio conlleva que simultáneamente se estén intercambiando porciones de tiempos de trabajo.

De acuerdo con Negri entiendo que la exposición de Marx, aunque no sólo en los *Grundrisse*, es una exposición abierta, una teoría que explica la explotación del trabajo como base de la reproducción cíclica ampliada del capital. En el proceso de trabajo lo que se explota es la capacidad viva de los trabajadores ejercitándose durante un determinado tiempo que constituye una parte considerable de su tiempo de vida.

Así entendida, la teoría del valor muestra que lo que se intercambia en el mercado son “valores”, es decir cantidades homogéneas de trabajo. Sin embargo resulta difícil entender cómo pueda intercambiarse trabajo, cuando éste es una actividad. Por eso hay que insistir en la

diciendo que “el significado de nuestra investigación consiste, pues, en la propuesta de un sujeto nuevo, capaz de posibilidad, posibilidad de la posibilidad, en un ser-mundo, en una historicidad de otro modo exhausta. Fuera de tal hipótesis no hay filosofía, no existe ciencia y, sobre todo, no hay liberación” (p. 162), Albiac concluye la suya subrayando que “el despotismo burgués... en la fase de la subsunción real, no conoce más conciencia que la del terror de Estado. Fuera de ella el no-ser” (p. 28). ¿Qué pudo acercar dos posiciones tan opuestas excepto el hábil oportunismo de Albiac y, supongo, que el desconocimiento del idioma por parte de Negri?

importancia decisiva que tiene el introducir la dimensión temporal: la 'actividad-trabajo' es durativa, se prolonga en el tiempo, y es esa parte de tiempo de trabajo que incorpora cada mercancía lo que se intercambia por cualquier otra. Sólo si tenemos en cuenta que la economía capitalista, en último término, es una economía del tiempo, entenderemos que podamos intercambiar tiempos que han sido reducidos a una cantidad homogénea.

Así pues tenemos que pasar del "tiempo de trabajo" contenido en cada mercancía y que forma su "substancia-valor", al otro carácter sustancial del trabajo, al hecho de que éste sea siempre "trabajo social y/o colectivo", es decir al hecho de que esas cantidades lo son de un tiempo social homogeneizado y tomado como una única entidad. Es decir, hagamos como si el conjunto de las jornadas laborales desarrolladas por el conjunto de los trabajadores constituyera una única dimensión temporal de la que cada mercancía representara una pequeña parte – la parte correspondiente al tiempo tecnológicamente establecido de su producción. "Toda la fuerza de trabajo de la sociedad, materializada en la totalidad de los valores del mundo de las mercancías, figura aquí como una sola e inmensa fuerza humana de trabajo, aunque consta de un sinnúmero de fuerzas de trabajo individuales"⁵, nos dice Marx en *El Capital*.

Lamentablemente en esta obra Marx no desarrolla más la cuestión sino que lanza el concepto de "trabajo abstracto", al que define como el "gasto de fuerza o energía laboral", precisamente por contraposición al "trabajo útil", aquel cuyo carácter viene marcado por el objetivo útil de la actividad laboral, por el tipo de trabajo de qué se trate. El paralelismo entre el par valor-de-uso/ valor de cambio y trabajo útil/trabajo abstracto diluye el concepto de "trabajo vivo", el cual, como Negri señala acertadamente, desempeña el papel en los *Grundrisse* de centrar la atención en el proceso laboral mismo, en su carácter creativo como resultado de la puesta en ejercicio de una subjetividad activa, la subjetividad del trabajador.

Aún así, a mi modo de ver hay otra diferencia, sutil, en el significado del término "abstracto", entre el modo en que se aplica al trabajo en los *Grundrisse* y en *El Capital*, diferencia que tiene que ver con la impronta hegeliana. En el primer texto, en el cual la influencia de Hegel es mayor, "abstracto" significa "en general", desprovisto de cualquier especificidad; por tanto "trabajo abs-



tracto" será trabajo "en general", "indiferente frente a cualquier determinación aunque susceptible de adquirir cualquiera de ellas"⁶. Esa indiferencia se explica porque también el capital en cuanto tal está desprovisto de toda especificidad. Marx explica la pérdida de concreción y de significado del trabajo como rasgo característico suyo en el sistema capitalista, por contraposición a la utilidad intrínseca del trabajo artesano.

Lo mismo ocurre con los términos "sujeto" y "subjetividad". También en este caso Marx los usa en sentido hegeliano como proceso en devenir y como potencialidad. Cuando en el texto citado habla de la "pura existencia subjetiva del trabajo" (p. 235) se está refiriendo al trabajo en cuanto proceso o actividad que produce (bienes de uso), en cuanto dinamismo laboral creador de riqueza, el cual por supuesto es inseparable de la actividad laboral de los trabajadores mismos, pero que atiende en primer lugar a su carácter activo y durativo y no a los objetos que produce. Marx está entendiendo el "trabajar" como una relación que reúne como cara y cruz el aspecto objetivo y el subjetivo: como proceso objetivo produce determinados objetos, bienes de uso o mercancías, como proceso subjetivo discurre desarrollando las potencialidades del propio proceso y por ende de los trabajadores.

A diferencia de la contraposición entre "capital en general" y "trabajo en general o abstracto", que estructura la dinámica antagónica en ese texto en lo que se refiere a su aspecto objetivo, en *El Capital* "trabajo abstracto" se

5.- *El Capital*, vol. I, trad. propia basada en la versión de M.Sacristán, OME, 40, p.47. Igualmente FCE, I, p.6 .

6.- *Grundrisse*, OME, 21, p. 236.

define como “gasto de fuerza de trabajo”. Es decir, Marx ha desplazado aquella contraposición y, radicalizando el carácter de valor-de-uso de la fuerza de trabajo y de su consumo efectivo en el proceso laboral, llama ahora “trabajo abstracto” al consumo de la fuerza de trabajo por el capital. Del mismo modo desaparece la insistencia en la actividad laboral en cuanto proceso productor de riqueza, puesto que esa actividad será presentada ahora como “metabolismo con la naturaleza” que en una interacción tecnológicamente marcada, produce los distintos bienes y servicios. Es decir, frente a la distinción hegelianamente signada entre lo objetivo y lo subjetivo en el proceso laboral, ambos aspectos se funden en una actividad de transformación de lo material por medio de elementos materiales.

Por otra parte y a diferencia de los *Grundrisse*, en *El Capital* aparece el concepto de “trabajo social común”, que designa el conjunto de trabajos diferenciados aunque combinados que producen el conjunto del mundo de las mercancías, de tal modo que mientras la denominación “trabajo abstracto” pone de relieve el carácter de “gasto o consumo de fuerza de trabajo”, la de “trabajo social común” hace resaltar el carácter que ese trabajo tiene de producir valores de uso – y no sólo valores – y como esa producción es colectiva.

Se difumina sin embargo el carácter “activo” y “vital” del proceso laboral o, si se prefiere, el carácter de actividad que tiene el proceso de trabajo. Es decir, se desdibuja el hecho de que el tiempo de trabajo es una parte del tiempo de vida de los trabajadores, aquel segmento durativo durante el cual los trabajadores deben simplemente producir/reproducir los bienes que, en proporciones prefijadas por el monto de los salarios, les van a permitir continuar viviendo. La tesis de Marx es que las condiciones tecnológicas de la explotación y las luchas sociales marcan la proporción entre tiempo de trabajo y tiempo de vida. La de Negri que cualquier proporción ha desaparecido, y que se trata de pura y simple dominación.

Así pues, para Marx el trabajo es requisito ineludible del vivir humano por una parte, y expresión de las capacidades humanas por la otra. Pero esto no vale para cualquier tipo de trabajo. En discusión con A. Smith afirma en los *Grundrisse* que realmente en las sociedades de clase el trabajo resulta condenadamente maldito por lo que parece obvio el deseo de escapar de él; pero eso no significa que el trabajo no pueda suponer una esfera de autorrealización y de “libertad real”, si

bien para ello se precisan ciertas condiciones: “el trabajo de la producción material sólo puede mantener ese carácter (el de la autorealización) si 1) se establece su carácter social y 2) si simultáneamente es trabajo general de carácter científico, no representa sólo un esfuerzo del ser humano como una fuerza natural adiestrada de una forma determinada, sino lo trata como sujeto que aparece en el proceso de producción no en forma meramente natural, espontánea, sino como actividad que regula todas las fuerzas de la naturaleza”⁷.

Páginas más adelante Marx va a formular la famosa tesis de la extinción de la ley del valor: “*El robo de tiempo de trabajo ajeno sobre el que se funda la riqueza actual* aparece como una base miserable comparado con este fundamento [la cooperación social], recién desarrollado, creado por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar de ser su medida, y por tanto el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso. El *plustrabajo de la masa* ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el *no-trabajo de unos pocos* ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano”⁸.

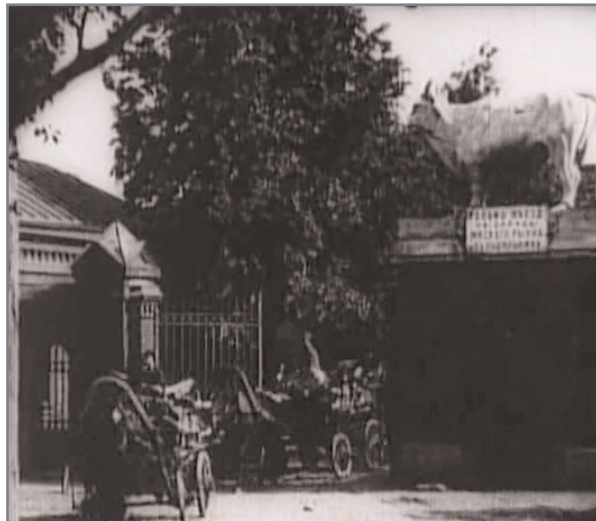
La lectura que el *operaismo* italiano hiciera de este famoso texto anima la concepción de que realmente estamos ante la extinción de la ley del valor que Marx predijera, pues en las actuales sociedades el conocimiento se ha convertido directamente en “fuerza productiva” volviendo miserable, como él anunciara, el cálculo de tiempos de trabajo.

Ahora bien, en este contexto decir que la ley del valor ya no funciona en nuestras sociedades, a no ser que sea una expresión meramente retórica, significará que la desproporción entre el tiempo de trabajo necesario para la reproducción del vivir social y el tiempo de trabajo efectivamente desarrollado es tal que la mayor parte de ese tiempo se consume en producción de riqueza no recuperable por los trabajadores mismos, que se dilapidan bienes y energías de los trabajadores en grandes cantidades, que se volatilizan grandes sumas de dinero a la vez que se obliga a los trabajadores a trabajar por salarios miserables y se precariza su existencia. En suma que el sistema capitalista se ejerce a través de unos niveles de explotación literalmente “fuera de toda medida”, pues, a la vez que mantiene condiciones de vida y de trabajo extraordinariamente precarias para

7.- *Grundrisse*, p. 568.

8.- *Idem*, vol. II, p. 229, (ed. al. p. 593).

el conjunto de las poblaciones, disfruta de niveles altísimos de renta para determinadas capas, como resultado de su capacidad para apropiarse, sin cambio alguno, de grandes cantidades de la riqueza social producida.



La cuestión del trabajo inmaterial

En el prólogo a la traducción castellana de 2001 de su libro *Marx más allá de Marx*, el propio Negri resalta dos filones que han surgido a partir de su análisis: la teorización italiana centrada en el *General Intellect* [intelecto general] y la tematización por Lazzarato y otros del llamado “trabajo inmaterial”.

A partir del decenio de los 90 Lazzarato retoma la tesis de Negri que entiende el “trabajo” como “uso de la fuerza de trabajo”, la cual, a consecuencia de los cambios tecnológicos y sociales acaecidos en los últimos decenios, se ha transformado enteramente, hasta el punto de que la fuerza de trabajo contemporánea se define primariamente por las capacidades comunicativas del trabajador colectivo y no por sus destrezas manuales e individuales; deja de existir una diferencia fuerte entre trabajo manual e intelectual a la vez que las características “inmateriales” del trabajo (cognitivas, afectivas, sensitivas, relacionales y comunicacionales) adquieren mayor importancia, convirtiéndose en actividades con fuerte valor añadido.

Lazzarato define el *trabajo inmaterial* como “trabajo vivo intelectualizado”⁹, perceptible en la gestión de la

información y de la comunicación que ocupa hoy la centralidad de la producción y que corresponde al tipo de uso de la fuerza de trabajo en las sociedades postfordistas, en las que ya no se trata de producir en masa y en el menor tiempo posible, cumpliendo para ello con normas preestablecidas, sino de innovar, de asegurar la comunicación, de tratar la información, etc.

El nuevo trabajador de la información y de la comunicación encarna “aquel (trabajo) que produce el contenido informacional y cultural de la mercancía”¹⁰. Así pues con el cambio del trabajo, ha cambiado también la figura del trabajador que debe aportar al proceso de trabajo las capacidades intelectualmente creativas de su subjetividad y no sólo un entrenamiento específico. Éstas son capacidad de síntesis, reflejos, toma rápida de decisiones, elección de vías no prefijadas, habilidades de búsqueda, de resolución de problemas, de afectividad y seducción, etc. El proceso laboral deja de estar prefijado, como ocurría en las grandes cadenas fordistas, inclusive en trabajos aparentemente muy poco intelectuales como el montaje en una fábrica de piezas mecánicas; la informatización de los procesos exige que los trabajadores aporten saberes que les permitan manejarse en dicho entorno.

Por otra parte los empleos son extremadamente móviles y requieren aptitudes flexibles, lo que revierte en el tipo de formación adecuada para estos trabajadores. Como dice el sociólogo M. Castells: “cuanto más amplia y profunda es la difusión de la tecnología de la información avanzada en las fábricas y oficinas, mayor es también la necesidad de trabajadores autónomos y preparados, capaces y listos para programar y decidir secuencias enteras de trabajo”¹¹. Ya no vale una formación dirigista sino que se precisa una formación flexible, creativa y autoformadora. La nueva subjetividad puesta a trabajar por el capitalismo debe ser tan flexible como éste y tan creativa y espontánea como éste la necesite.

Lazzarato distingue dos aspectos en este trabajo, ya sea visto desde el contenido o desde la forma. En cuanto al contenido este trabajo produce determinados tipos de mercancías o parte de las mismas (productos culturales tales como noticias, imágenes, programas de radio y música,...) o bien el contenido informacional y cultural de mercancías materiales (campañas de publicidad, diseño, servicio post-venta,...). En cuanto a la forma implica el “poner a trabajar” la subjetividad viva del tra-

9.- “Trabajo inmaterial y subjetividad”, en *Futur anterior*, 6 (1991), p. 1 (recogido en Barcelona, *Brumaria*, 2006)

10.- “El concepto de trabajo inmaterial”, en *Idem*, 10, p. 54.

11.- *La era de la información*, Madrid, Alianza, 1996, p. 296.



bajador: sus gustos, relaciones, informaciones que recaba de aquí y allí, su modo de pensar, propiciando un entorno comunicativo que permita mantener activo el flujo de producción. Es con toda su vida que el trabajador está trabajando y valorizando el capital. La apropiación capitalista ya no es resultado de la “propiedad privada de los medios de producción”, -aunque ésta por otra parte no haya desaparecido- sino de su control sobre el entorno social en el que se desarrolla el trabajo y sólo en el cual éste puede insertarse. Esta situación produce una fuerte ambivalencia. Por un lado, el “trabajo vivo” o sea las capacidades laborales subjetivas, tales como el lenguaje, presentes en el cuerpo de los trabajadores, aumentan por sí mismas la riqueza disponible, especialmente en los ámbitos, actualmente prioritarios de la cultura y la comunicación; pero de otro, no dejan de enfrentarse al poder de apropiación y de cercamiento amparado por los poderes públicos. Internet con toda su enorme riqueza y sometida a fuertes embestidas que buscan bloquear y restringir la comunicación podría ser un buen ejemplo de ello.

Ahora bien, dado que lo que se explota es la capacidad viva de los individuos, su base de ejercicio no son ya las características corporales físicas (la fuerza, la destreza, la rapidez,...ni siquiera el oficio) sino las habilidades “mentales” ligadas a la subjetividad viva del trabajador y efecto de los propios procesos de socialización (la capacidad de uso del lenguaje, las modulaciones afectivas, la rapidez en buscar soluciones,...). Se trata de efectos de los propios procesos de vida en los que los individuos mantienen y reproducen su vivir mismo, que son a la vez condiciones previas del sistema productivo y base

de su riqueza diferencial. De este modo el concepto de trabajo inmaterial se liga al de *biopoder/biopolítica*, concebido como un conjunto de dispositivos por medio de los cuales se busca reducir, desde el poder, los procesos de reproducción del vivir a los exigidos para la rentabilidad del sistema, mandando un mensaje extremadamente violento: “desarrollad vuestra subjetividad y participad, pero sólo dentro de ciertos límites”. O dicho de otro modo, “sed creativos pero sólo dentro de los marcos de nuestros intereses y objetivos”.

El concepto de “trabajo inmaterial” es útil también para los análisis feministas si bien debemos criticar su parcialidad al entenderlo básicamente como trabajo de gestión de información y de comunicación ligada al manejo de códigos y de herramientas en la producción, dejando de nuevo a un lado la dimensión de ese trabajo que tiene que ver con la reproducción y el mantenimiento del vivir¹². Por eso tenemos que insistir en el “trabajo de cuidado”, el conjunto de ocupaciones referidas a la gestión de la información y la comunicación en la sanidad, la educación, en la asistencia social,...es decir aquel conjunto de actividades que corresponden a esta figura pero que no se enmarcan, o no se enmarcan sólo, en el ámbito del mercado y la producción y que, contradictoriamente con la citada hegemonía del trabajo inmaterial, no reciben ni la visibilidad ni el apoyo debidos. La teoría del trabajo inmaterial revela así un rasgo de género y privilegia las formas mercantiles y masculinas frente a las sociales y femeninas, especialmente en un momento en que las fronteras entre producción y reproducción se difuminan cada vez más.

Como resultado de todo ello está surgiendo una zona de sombra entre las formas canónicas del trabajo asalariado y formas de trabajo autónomo, independiente o *free-lance* donde la distinción entre uno y otro se hace difusa. Pero este fenómeno, que podría alimentar las ilusiones de un mundo sin trabajo, hay que leerlo también como un proceso de transferencia sobre el trabajador del riesgo empresarial y de la disociación entre la remuneración y el tiempo puesto a disposición de la empresa. Parecería como si todo el tiempo de vida del trabajador se hubiera convertido en hipotético tiempo de trabajo, ya que es toda la actividad de éste y su subjetividad la que se explota, aunque sólo se remunere una parte. Algo parecido se observa en los cambios universitarios cuando frente a la figura del estudiante-trabajador tan común en los últimos tiempos, especialmente en carreras de Letras, vuelve a prevalecer la del

12.- *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*, Madrid, Traficantes de sueños, 2004, p. 22.

“estudiante a tiempo completo”, cuya subjetividad completa debe estar incardinada en su tarea y cuya carga de trabajo se computa sobre las 40 horas semanales, como para cualquier trabajador.

Por último todavía hay otro aspecto sobre el que vendría discutir. Según las propuestas de *Imperio*, el conocido libro de M. Hardt y T. Negri que hizo furor hace unos años, el trabajo inmaterial introduce una fuerte dimensión cooperativa puesto que al incluir como rasgos esenciales la información, la comunicación y el afecto, necesita y genera cooperación. Por eso mismo, afirman los autores: “los poderes cooperativos de la fuerza laboral... ofrecen al trabajo la posibilidad de valorizarse a sí mismo. Los cerebros y los cuerpos aún necesitan de los demás para producir valor, pero esos otros que necesitan no tienen que provenir forzosamente del capital y de sus capacidades para orquestar la producción. Hoy la productividad, la riqueza y la creación de superávit social adquieren la forma de la interactividad cooperativa a través de redes lingüísticas, comunicacionales y afectivas. En la expresión de sus propias energías creativas, el trabajo inmaterial parece proveer así el potencial para un tipo de comunismo espontáneo y elemental” p. 273). Este mismo análisis abre el interrogante sobre las características del capitalismo financiero contemporáneo como una especie de “comunismo del capital”: “*La financiarización con la que hoy tenemos que vérnoslas, ¿es pues una suerte de “comunismo del capital” ...*, es decir, la intérprete privilegiada del nacimiento y la expansión de la multitud y, al mismo tiempo, su adversario más temible? ¿Es la comprensión capitalista de la transformación del sistema productivo a través del trabajo cognitivo e inmaterial? ¿Es el instrumento técnico que tiene por objetivo anular todas las posibilidades de acumulación de potencia revolucionaria del trabajo cognitivo y/o de experimentación autónoma de las capacidades comunes de gestión?”¹³.

En estos textos se hace hincapié asimismo, en una característica particular de los bienes cognitivos, la de que “la mercancía producida por el trabajo inmaterial... no se destruye en el acto del consumo, sino que amplía, transforma, crea el medio ambiente ideológico y cultural del consumidor¹⁴; podríamos decir que crea la “relación social de consumo” y configura al “consumidor”. La información aportada por el propio consumi-

dor, adecuadamente tratada, actúa como un poderoso incentivo a la producción. Hace emerger un ciclo “virtuoso” de la producción inmaterial, que enlaza la producción de valor (riqueza social mercantilizada) a la producción y reproducción de los lazos sociales, con lo que al sostener y reproducir la vida, los individuos reproducen también aquella riqueza. De ahí se desprende que el autor entienda el poder capitalista como “poder de apropiación”, como “dominio” sobre una relación social que es inmediatamente productiva de riqueza (social).

A partir de esta característica específica de los bienes inmateriales, por la que su consumo, a diferencia de los bienes materiales, no los agota ni consume, sino que los potencia, generando un círculo virtuoso de reproducción y ampliación los autores extrapolan la posibilidad de una sociedad rica. Lo que pone de nuevo sobre el tapete la posibilidad de una sociedad de la abundancia. Autores como Blondeau, sostienen que: “Dado que la información y el conocimiento son la fuente de otras formas de riqueza y se incluyen entre los mayores bienes económicos de nuestra época, podemos encarar la emergencia de una economía de la abundancia, en la que los conceptos, y sobre todo las prácticas, estarán en una profunda ruptura con el funcionamiento de la economía clásica. De hecho, vivimos ya más o menos bajo este régimen, pero continuamos sirviéndonos de los instrumentos, que resultan ahora inadecuados, de la economía de la escasez”¹⁵.

Aún así y a diferencia de Blondeau, o de Negri y Hardt, pienso que la cooperación del trabajo inmaterial no está protegida frente a su absorción en el mecanismo de reproducción capitalista ni frente a la taylorización. El trabajo inmaterial tal vez pueda ser la base de un comunismo espontáneo y elemental, pero puede serlo también de un capitalismo relanzado, justamente ése que denominamos *capitalismo cognitivo*. Lo que plantea el problema de cómo se están redefiniendo las fronteras entre la producción social común y la apropiación privada. Si siguiéramos por este camino la reflexión nos llevaría, probablemente, a entrever los puntos centrales de la confrontación en el capitalismo contemporáneo, que ya no pasan, o no pasan solamente, por la explotación en el ámbito del trabajo industrial sino que se ramifican en la incorporación a su dinámica del trabajo relacional y creativo tanto social como culturalmente, y en el esfuerzo por someter al primado de la mercantili-

13.- *La fábrica de porcelana*, Barcelona, Paidós, 2008, p. 96.

14.- “El ciclo de la producción inmaterial”, p. 3

15.- *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de sueños, 2004, p. 36

zación los lugares donde se realizan tales trabajo. Esta dimensión conecta directamente con el esfuerzo por controlar el acceso gratuito y directo a las cuencas del trabajo inmaterial y creativo y por someterlas directamente a las exigencias de la rentabilización económica capitalista.

Existe también otra crítica, la de que ese tipo de trabajo no es hegemónico todavía en las sociedades capitalistas actuales, y está bastante lejos de serlo cuánto menos desarrolladas sean éstas. Se trataría pues de una nueva versión eurocéntrica. Negri y Hardt aceptan en parte esa crítica aunque sostienen que, aún no siendo hegemónico, el trabajo cognitivo es el sector más avanzado en todas las sociedades y la que marca la tendencia en el conjunto del capitalismo globalizado. Por mi parte pienso que sería necesario completar este análisis con una consideración más detallada de la división del trabajo a nivel global, teniendo en cuenta que ésta se superpone a la división por naciones y regiones del globo, dibujando franjas en todo el mundo con situaciones semejantes.

Aspecto central de esa nueva forma de gestión es todo el tratamiento de la subjetividad. La “producción de subjetividad” o de una “subjetividad acorde” con los mecanismos del mercado se convierte en una prioridad para el sistema capitalista que construye las necesidades, el imaginario, los gustos del consumidor o, al menos, lo intenta, en un trabajo continuo de innovar y cambiar, adaptándose a él pero a la vez adaptando a éste a sus necesidades.

Ahora bien, siendo esto así y dado que la capacidad creativa del trabajo inmaterial no depende del tiempo de su ejecución sino de su potencia, eso explicaría que la ley del valor hubiera quedado completamente obsoleta. Pero su puesta fuera de fuego amenazaría con arrastrar tras de sí todo el corolario de los conceptos clásicos de la soberanía moderna.

La producción de la comunicación o la entrada del lenguaje en la producción económica

Los análisis sobre los sistemas actuales de producción, llamados post-fordistas, suelen insistir no sólo en la quiebra del sistema industrial de producción de grandes masas de mercancías por medio del trabajo en cadena (taylorismo y fordismo), sino en la introducción de los sistemas de información y de comunicación en la propia planificación de la producción. Ya desde los estudios de B. Coriat sabemos que la producción en masa no sólo incorpora aspectos técnicos tales como la introducción de cintas transportadoras, cadenas de montaje, órdenes

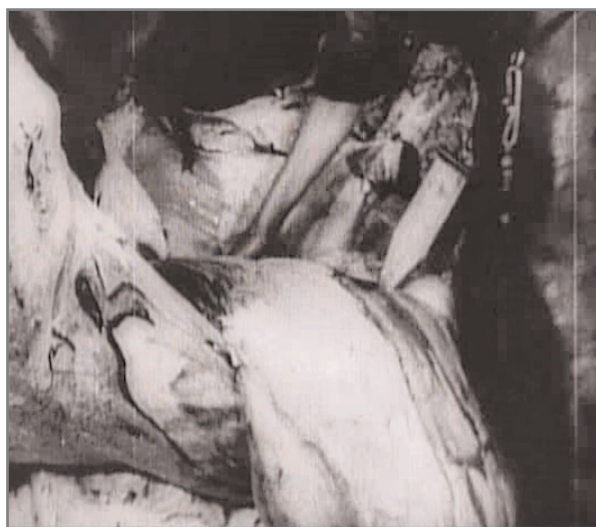
automáticas,... sino que incluye determinados métodos de gestión – en especial la separación entre los departamentos de gestión científica del trabajo y el taller – así como mecanismos más complejos de gestión social: créditos al consumo, apoyo del Estado a esas actividades, etc. El fordismo no significó sólo una forma de gestionar el taller o la fábrica sino una forma más general de ordenar la sociedad, subordinando la reproducción social a la prosperidad económica.

El fordismo trata el conjunto de la sociedad como una inmensa fábrica que debe funcionar sin disfunciones, como un inmenso engranaje productor de plusvalor, en el que el capitalismo se “socializa” sin que por ello desaparezca la explotación ni la dominación, sino que más bien ésta se extiende al conjunto social. Corresponde a lo que Negri ha denominado “subsunción real”.



Pues bien, los teóricos del post-fordismo no se cansan de explicar que justamente ese sistema es el que ha llegado a sus límites en el decenio de los 60/70, sin que sea capaz de remontar las crisis a las que se encuentra expuesto desde entonces. Y esto a pesar de que la gran crisis japonesa de los 50 ya hubiera permitido descubrir un nuevo sistema de gestión que es el que se intenta generalizar ahora a las empresas europeas y americanas. Este sistema, denominado por lo general *toyotismo* (de la firma Toyota), desplaza el fordismo sustituyendo las cadenas de montaje y las grandes fábricas de producción en masa, por procedimientos de división de tareas y de externalización, de tal modo que el trabajo se concentre en pequeños grupos que trabajan cooperativamente, al tiempo que gran parte de las tareas se sacan fuera de los talleres, encomendándolas a firmas subsidiarias, más pequeñas.

La organización fabril pasa así a sustentarse en un sistema de red que descarga a la empresa rectora la cual, si bien exige determinadas normas de calidad y de seguimiento de protocolos, se exonera de toda responsabilidad fiscal y laboral hacia los trabajadores. Este procedimiento se acompaña con la introducción de protocolos precisos de comunicación lingüística: ya que las mercancías no se producen *con anterioridad* a la venta, sino que los componentes previamente preparados se ensamblan *bajo pedido*, es importantísimo mantener una comunicación fluida entre los puntos de ensamblaje y los de venta. E incluso más, es cada vez más importante adelantarse a los gustos y cambios de consumo previendo las oscilaciones de los consumidores, para lo cual es preciso recoger el máximo de información posible y analizarla con cuidado. Como indica Ch. Marazzi “es la comunicación la que permite efectuar la *inversión* de la relación entre producción y consumo, oferta y demanda, y es, de nuevo, la comunicación de información, la que exige estructurar el proceso productivo de la forma más flexible posible, rompiendo todas las rigideces ligadas al modo de trabajar de los empleados”¹⁶.



El lenguaje se convierte en un “instrumento de producción”, carácter que aumenta más si cabe con la introducción masiva de las máquinas informáticas. Éstas coadyuvan en la construcción de un “espacio de comunicación productiva”, es decir generan un espacio de comunicación de enorme valor para que la empresa pueda llevar adelante sus estrategias productivas: con-

tacto directo con los consumidores y clientes, recogida de información sobre ellos y a partir de ellos, anticipación de sus movimientos para preverlos,... toda una serie de cambios en el *management* empresarial que ve en la comunicación uno de sus dispositivos fundamentales. El consumo ya no es sólo destrucción de las mercancías sino productor de información sobre las mercancías mismas, que será integrada en su re-producción.

En estas condiciones, al menos ésa es la tesis de dichos autores, el *tiempo de trabajo* deja de ser determinante del valor de las mercancías y por tanto del valor de la propia fuerza de trabajo. Y en consecuencia el salario, en vez de pagar el tiempo de trabajo necesario, como veíamos en Marx, lo que paga es una serie de disposiciones del trabajador, entre las que se cuenta su devoción a la empresa y su lealtad, pugnando por mantener los salarios base lo más bajos posible y ligando su subida a ese tipo de condiciones. Resulta entonces que en el modo de producción post-fordista falta cualquier medida de la explotación [*cuota de explotación* por unidad de capital variable llama Marx en *El Capital* a la diferencia entre el valor de las mercancías que entran en el jornal diario y el de las mercancías producidas en la jornada laboral] pues ésta se ejerce sobre una masa enorme de trabajo dependiente, trazando líneas de mayor salario en función de criterios de mayor rendimiento y no necesariamente de mayor tiempo. Algo así como si solo una pequeña parte del tiempo de trabajo produjera beneficios, y además de forma aleatoria, pero alcanzando éstos, cuando se obtienen, niveles realmente extraordinarios.

A mi modo de ver, esos cambios no invalidan el cálculo de los tiempos, pues una situación de explotación implica siempre la pérdida de disponibilidad de los explotados sobre su tiempo de trabajo y su tiempo de vida. Más bien lo que podría ocurrir es que esa exigencia de rentabilidad máxima y de personalización de la dependencia intentaría convertir en realidad lo que ha sido desde siempre el sueño del empleador: la máxima disponibilidad sobre la fuerza de trabajo, de modo que ésta esté disponible cuando se la necesite, y al mismo tiempo la máxima ausencia de responsabilidad por su destino en los momentos en los que ya no se la precisa. Los trabajadores tienen que estar dispuestos a echar una mano, o las que sea necesario, cuando “hay trabajo” pero aceptarán marcharse a su casa, cuando éste falte. Y tendrán que estar dispuestos a hacer todo lo posible para “tener una idea” pero tendrán que aceptar que si no la tienen, se les eche a la calle. La “socialización del capital” implica que mientras que el

16.- *El sitio de los calcetines*, Madrid, Akal, 2003, P. 12



obrero decimonónico, aunque amara su trabajo, raramente se identificaba con su empresa, el trabajador del siglo XXI, aún odiando su trabajo, se identifica con ella.

Pero no solamente el cálculo del tiempo resulta rebasado en esa nueva forma de producción, sino que se altera también la condición del cálculo: el hecho de que los diferentes tiempos durativos puedan homogeneizarse en una especie de “tiempo común” que es el que marcan los relojes y cronómetros. Aparece la dimensión del *tiempo-acontecimiento*. Deleuze había teorizado ese tipo de tiempo como el que nos permite captar el carácter de creación disruptiva que introduce la innovación. Para ello es necesario disponer de una concepción del “tiempo complejo”, es decir de un tiempo multiestratificado en el que simultáneamente conviven series diferentes con tiempos durativos heterogéneos. Esos “tiempos” no se repliegan en un “tiempo común” sino que se despliegan en series “rizomáticas”, es decir que tienen puntos de encuentro aunque puedan seguir líneas diversas.

En este tiempo complejo se producen momentos de encuentro de flujos diversos que abren nuevas posibilidades, de tal manera que el “acontecimiento” es siempre un encuentro de fuerzas, flujos o líneas que, alterando el decurso habitual, abre un nuevo escenario. Ese “acontecimiento” es tan inesperado como imprevisible, por lo que no es posible pre-programarlo. La única posibilidad

de captura consiste en reforzar los espacios de interacción y comunicación, teniendo bajo control los puntos donde pueda darse. Y en excluir cualquier apropiación que no transcurra por los cauces social y económicamente predeterminados, por ej. excluir cualquier uso no mercantilizado o cualquier apropiación gratuita.

Ahora bien si la innovación es el centro de la valorización en las sociedades post-fordistas y ésta tiene lugar en el tiempo del acontecimiento y no en el tiempo durativo homogeneizado de la producción clásica, es evidente que el cálculo del tiempo como regulador del antagonismo entre capital y trabajo, deja de tener funcionalidad alguna. Y si además, el proceso de valorización no se centra en el tiempo de producción sino que tiene lugar durante todo el proceso de producción, incluyendo la comercialización y/o prestación del servicio, hasta el punto de que en la determinación de los activos empresariales primen los “intangibles”¹⁷ sobre el propio capital fijo, la dislocación entre tiempo y beneficio se hace igualmente evidente.

Se rompe así la relación entre trabajo y renta cuya distancia aumenta. O dicho de otro modo, mientras que en el fordismo el trabajo funcionaba para el trabajador como único mecanismo de obtención de renta (el salario), en la sociedad post-fordista ambos tienden a diverger, no sólo por la precarización y la discontinuidad de los empleos, sino porque las expectativas de los/as trabajadores/as no se limitan a las perspectivas vitales tan reducidas y dependientes del mundo de la empresa. A la vez que el empresario tiende a captar el momento de innovación, el trabajador se ve forzado a propiciar con todas sus fuerzas este momento de gracia. Se le exige estar siempre despierto, abierto, receptivo, dispuesto a “afectar y ser afectado”¹⁸, como base justamente de la cooperación de la que se nutre la innovación.

La cuestión de la reproducción del vivir se coloca en el centro. “La verdadera cualidad del “empresario político” –dice Lazzarato poniendo como ejemplo a Berlusconi, el nuevo presidente italiano- es la de lograr poner en secuencia segmentos de trabajo que están situados en continuidad, capturando de esta forma la externalidad que produce la cooperación productiva o, más en general, la ‘comunidad’”¹⁹. La red empresarial coexiste

17.- Por “intangibles” se entienden los recursos relacionales y comunicacionales del capital humano, tales como contactos, potencialidades de su *marketing*, cartera de clientes, capacidad organizativa de la dirección, fuerza inventiva de su personal, etc.

18.- “El concepto de vida contenido en la expresión ‘tiempo de vida’ remite así, antes que nada, a la capacidad de afectar y ser afectado, a su vez caracterizada por el tiempo, por lo virtual”, “Por una redefinición del concepto *biopolítica*”, *Brumaria*, p. 80.

19.- “Trabajo autónomo, producción por medio del lenguaje y *general intellect*”, en Barcelona, *Brumaria*, 2006 p. 38. (Se trata de la mejor traducción castellana de algunos de los textos de M. Lazzarato, publicados en italiano en *Lavoro immateriale. Forme di vita e produzione di soggettività*, Verona, Ombre Corte, 1997).

con la multiplicidad de las redes del vivir cotidiano, captando segmentos de éstas que introduce en su “ensamblaje” empresarial, pero no crea la cooperación, como si hacía la fábrica fondista reuniendo a los trabajadores físicamente en un mismo edificio, ligándolos socialmente a la empresa e imponiéndoles formas de trabajo compartidos y pre-determinados, sino que aún imponiendo formas comunes, les deja gran autonomía y sólo los ensambla en el producto final.

O incluso, lo que tal vez sea más interesante, logra ligar segmentos sociales totalmente heterogéneos, como por ej. la creación de moda con la fórmula 1 (caso de Benetton) con lo que suma el plusvalor obtenido en la externalización de la producción textil, con el que recoge, gracias a su logo, de sus patrocinios en las carreras de automóviles²⁰.

Así y aún coincidiendo en muchos aspectos, la diferencia con el análisis de S. Bologna, que Lazzarato utiliza, consiste en que, mientras el primero insiste en el carácter destructor de esos nuevos procedimientos, el segundo atisba en ellos la formación de una nueva cooperación productiva, cuyo horizonte no es ya la fábrica sino el territorio metropolitano y las situaciones compartidas de vida de los jóvenes trabajadores urbanos.

En ellos se produce la “creación” del plus que permite la expansión de la riqueza. Pero, como ya he apuntado anteriormente, ese “plus” no se define como “más tiempo” – carácter propio del plusvalor marxiano, sino como “más riqueza”, en el sentido de que en él se condensa un excedente de riqueza, que siendo mercantilizable, las empresas serán capaces de rentabilizar. Pero que si no es apropiada por las empresas en virtud de su posición dominante, al menos hipotéticamente podría circular en el medio social, como un recurso de más del que disfrutar colectivamente. Y que, aún en el caso de ser mercantilizado, hace que sean las empresas las que tengan que correr detrás de ese excedente para capturarlo, en vez de ser ellas las que lo crean. Por eso su posición es más débil y la posición del trabajo más fuerte.

De este modo se explica la extraordinaria potenciación de los recursos colectivos que surge de la puesta en común del trabajo cooperativo de cientos de personas, como tiene lugar por ej. en la comunidad del *software* libre o en otras comunidades que, especialmente por medio de internet, comparten archivos, noticias, experiencias, contactos, comunicaciones, etc. Lo que no eli-



mina a mi modo de ver, la ambivalencia de la situación: no sólo no impide la apropiación capitalista y la taylorización de esas nuevas actividades (traductores autónomos mal pagados a tanto la página que deben trabajar en sus casas y entregar el texto prácticamente dispuesto para la edición, operadores de cámara que deben grabar horas enteras de ferias y congresos empresariales, y ocuparse de montar y desmontar los equipos “todo incluido” para empresas organizadoras de estos eventos...), no sólo no impide esas formas de gestión, sino que, en algunos casos, deja en estado “virtual” dichas capacidades si el trabajador no encuentra quien le llame; o incluso más, él debe ofrecerse repetidamente a sus empleadores para que no le olviden en la próxima ocasión.

Cierta unilateralidad permite describir esta situación diciendo que “el ciclo del trabajo inmaterial está preconstituido por una fuerza de trabajo *social y autónoma* capaz de organizar su propio trabajo y sus propias relaciones con la empresa”²¹, y enfrentándolo en bloque a un “capital parasitario”, pues esta posición, aunque tenga el mérito impagable de aumentar la potencia de las luchas, tiene el enorme demérito de minusvalorar la fuerza del adversario.

Más bien pienso que las políticas públicas tienden a enfrentarse a esta situación con dos series de medidas: por una parte, se esfuerzan por reducir lo que entienden como “sobre-cualificación” de la fuerza de trabajo, reduciendo la cualificación a los estándares más habi-

20.- “Estrategias del empresario político” en *Idem*, pp. 63 y ss. Con todo Lazzarato da más importancia al plusvalor que procede del acaparamiento de los flujos sociales que del que proviene de la explotación de la mano de obra en los talleres fabriles externalizados.

21.- *Idem*, 46.

tuales para un trabajo “inmaterial” de baja y media cualificación tales como tele-operadores, vendedores a domicilio, distribuidores de propaganda, paquetería, redactores de boletines, correctores, etc. En este punto se intenta que su formación no exija un tiempo considerable que exceda de las labores, relativamente simples, para las que se los destina. La reconversión de la Universidad de modo que rebaje el número de años de formación y simplifique los contenidos, va en esta dirección que pretende descargar a los poderes públicos de gastos educativos gravosos.

Por otra se pretende abrir al sistema financiero el amplio espacio de los trabajos inmateriales y de cuidados, entre ellos la formación, de modo que los estudian-



tes se conviertan en clientes de estas instituciones, al ser obligados a pagar altos precios por ella. Estas dos medidas sugieren, a mi modo de ver, que la centralidad del conocimiento le da un valor económico todavía mayor, y pugna por convertirlo en un bien/servicio extremadamente mercantilizado que choca diametralmente con los esfuerzos por mantenerlo como un bien común, social por antonomasia y gratuito.

Capitalismo cognitivo, biopolítica y renta básica

En este debate podemos encuadrar algunas de las cuestiones suscitadas por el llamado *capitalismo cognitivo*, el concepto de *bio-política* y la reivindicación de la llamada *renta básica*.

Siguiendo a los introductores del término llamaré *capitalismo cognitivo* a un “capitalismo mutante...[que] llamamos cognitivo porque se enfrenta a la fuerza cognitiva colectiva, al trabajo vivo y ya no al músculo consumido en las máquinas que disipan energía de ‘carbón fósil’”²². Así pues se llama cognitivo porque este capitalismo se enfrenta a la capacidad intelectual colectiva del trabajo vivo que es aquel que produce conocimiento e innovación, siendo ésta a su vez la fuente de la riqueza y del valor.

Se retoman con ello las posiciones que ya hemos visto sobre el “trabajo vivo”, pero a Moulier-Boutang no le interesa tanto el carácter de transición anti-capitalista del post-fordismo cuanto profundizar en la dimensión capitalista de esta nueva fase. Para él lo característico es el lugar central que ocupa el conocimiento y la innovación basada en la inteligencia y en la creatividad difusa de las poblaciones actuales. A diferencia de los autores que hemos visto hasta ahora, Moulier-Boutang insiste en que la transición que estamos viviendo es hacia “un nuevo tipo de capitalismo”, y no hacia un nuevo tipo de comunismo, por espontáneo y elemental que fuese, como sostiene Negri.

Este nuevo tipo de capitalismo necesita a su vez una nueva forma de acumulación, cuya primera dificultad consiste en el problema de acumular algo tan escurridizo y poco fijable como el conocimiento. Por eso y dado que la producción de conocimiento se realiza en las grandes redes de comunicación social, el centro del problema reside en apropiarse de esas redes con toda una serie de medidas de patentes y de exclusión. El cercamiento de los nuevos bienes colectivos del conocimiento y la interacción constituyen el núcleo de estas medidas. Hasta ahora estos bienes han sido públicos o casi públicos; su mercantilización responde precisamente a su lugar privilegiado en la nueva fase del capitalismo cognitivo.

Una de sus características fundamentales se encuentra en las diversas estrategias de captación de la enorme riqueza de información y comunicación que genera el vivir cotidiano de las poblaciones. Esa información, recogida y tratada por medios informáticos, constituye la “materia prima” de los nuevos conocimientos: “Nos enfrentamos a una acumulación capitalista que ya no se funda sólo en la explotación del trabajo, en el sentido industrial del término, sino en la del conocimiento, de lo vivo, de la salud, del tiempo libre, de la cultura, de los recursos relacionales entre los individuos (comunica-

22.- Moulier-Boutang. Yann, *Le capitalisme cognitif. La nouvelle grande transformation*, Paris, ed. Amsterdam, 2007, p. 56.



ción, socialización, sexo), del imaginario, de la formación, del habitat, etc. Lo que se produce y se vende no son solamente bienes materiales o inmateriales, sino formas de vida, formas de comunicación, standards de socialización, de educación, de percepción, de habitar, de moverse... Este “poner a trabajar” a la vida por parte de un capital cada vez más globalizado, hecho posible por las lógicas neoliberales, genera inseguridad. Inseguridad y riesgos de la vida en su globalidad, y ya no del trabajo como ocurría en el fordismo: de la pobreza a las vacas locas, de la exclusión al Sida, del problema de la vivienda a la “identidad sexual”, son los fundamentos de la misma vida lo que se está rompiendo”²³. La biopolítica se redefine como “la coordinación estratégica de las relaciones de poder dirigidas a que los seres vivos produzcan con más fuerza”²⁴.

También el concepto de vida se redefine. Lazzarato echa mano de una vieja distinción entre el sentido biológico y el social del término (la distinción entre *zoé* y *bios*) en la filosofía clásica que, sin embargo resulta confusa y que sólo muestra su desconfianza frente a los procesos biológicos de la reproducción del vivir comparado con el entusiasmo que siente por los aspectos creativos: “...cuando decimos que el “trabajo” coincide con

la “vida” hay que evitar todos los malentendidos “trabajistas” o vitalistas, ya que no se trata de la subsunción de una categoría en la otra, sino de un cambio de paradigma que requiere una redefinición tanto del trabajo como de la vida. El trabajo no se extiende ni recubre la vida sin que estas dos categorías cambien de naturaleza. “Bios” no puede ya referirse a su reproducción en los “procesos biológicos de conjunto”, así como el trabajo no puede ya definirse según las categorías de la división entre fábrica y sociedad, trabajo manual y trabajo intelectual. El trabajo escapa a su reducción a mecanismo sensomotor, como la vida escapa a su reducción biológica. Trabajo y vida no solamente tienden a la reversibilidad, sino que también se caracterizan en lo “virtual” como apertura a la creación”²⁵. También ahí percibimos esa sobrevaloración de lo creativo en el trabajo inmaterial que lo liga prioritariamente a la innovación y descuida las actividades de reproducción y de cuidado.

Dada sin embargo la tensión entre una producción colectiva y cooperativa de riqueza social que pugnan por rentabilizar privadamente las empresas, la cuestión de la renta adquiere una importancia primordial. El tema de la renta básica puede abordarse desde dos perspectivas: o bien como el reconocimiento del carácter social de la producción que exige de los poderes públicos poner recursos sociales suficientes para el mantenimiento de una población que con su trabajo cooperativo potencia las cuencas de la riqueza, o bien, desde otra perspectiva, a partir de la idea de que los integrantes de la sociedad tienen derecho a ver garantizada su supervivencia como base material del vivir.

En ambos casos se desvincula trabajo y renta, vinculación que hasta ahora había sido la norma para las capas trabajadoras. Lo que supone, por otra parte, plantearse problemas novedosos que están en el centro del debate tales como el carácter “universal” de la renta, su monto, sus fuentes de financiación, los controles burocráticos de su implementación, su simultaneidad o no con otras fuentes de renta, la relación con el trabajo, etc. A pesar de su dificultad, qué duda cabe que con ello entramos en el corazón de uno de los debates clave del siglo XXI.

23.- CORSANI, A. y LAZZARATO, M, “Le revenu garanti comme processus constituant”, en *Multitudes*,10 (2002), p. 178-9.

24.- “Del biopoder a la biopolítica”, en *Brumaria*, p. 85.

25.- “Por una redefinición del concepto *biopolítica*”, *Brumaria*, p.77.